

La experiencia cristiana

13 de julio de 2008

Muchas veces nos preguntamos cómo mostrar con una vida cristiana de calidad, que convenza a otros, que atraiga a los demás, la figura de Jesucristo, lejos de controversias o discusiones estériles. Me parece que ante todo uno tiene que considerar posible encontrarse con Cristo, el que vivió en Palestina hace veinte siglos, y que Él te convenza para que le sigas, venciendo lógicamente muchos obstáculos que se dan en ti: resistencias, pecados, tendencias, egoísmos; amar como Él amó, vivir con los demás y no en un individualismo que sofoca la vida.

¿Será verdadero ese encuentro con Cristo o una pura quimera? ¿Quién me garantiza que no me equivoco? ¿Mi intuición? ¿Mis sentimientos? ¿Un encontrarme a gusto con la idea? Necesito algo más que una idea de Jesús, o un adecuarme a su proyecto, a su causa, a esa presentación romántica que, a lo largo de estos cuarenta o cincuenta años, he visto desfilar en publicaciones, lecturas o presentaciones de Cristo. Vuelvo la mirada a mi adolescencia y reflexiono a partir de mi experiencia, que no se ha apagado. ¿Quién me presentó ese fascinante Jesucristo que llenó mi vida de alegría interior y me permitió descubrirle vivo y con toda la fuerza de su persona y su palabra?

Fue la Iglesia; una comunidad cristiana concreta, con sus luces y sus sombras, en la persona de un sacerdote enamorado de Cristo y un grupo de chicos que buscábamos la felicidad en el idealismo de la adolescencia que quería cambiar el mundo y vivir intensamente más allá de sensaciones pasajeras. Una Iglesia de la que formaban parte mi madre y mi padre, mis hermanos y mis amigos, y mis vecinos y los que conocía aquí y allí. En la vida de aquel sacerdote vislumbré un eje de vida que explicaba muchos de mis deseos y aspiraciones. Y entonces, encontrado por Jesucristo, te sientes amado y apreciado y desechas complejos. Y quieres saber desde la fe, para comprender.

Y anhelas también que otros conozcan a Jesús y sientan lo que tú has sentido y ha dado norte a tu vida. Y viene también la lucha por superar tus debilidades y porque se den las posibilidades en la comunidad cristiana de ser la Iglesia del Señor, que luche por la paz y por los más débiles y pobres. Uno espera y pide al Señor que los que esperan en Él no queden defraudados por los propios pecados y torpezas (cf. Sal 24,3): *«Que por mi causa no queden defraudados los que esperan en Ti, Señor de los ejércitos. Que por mi causa no se avergüencen los que te buscan, Dios de Israel»* (Sal 68,7). Porque cualquier cristiano que haya conocido un poco al Señor ora *«para que Él alegre (en la Iglesia) a todos los desterrados, y ame (en ella) a todos los desgraciados por los siglos de los siglos»* (Tb 13,10).

Yo creo que hay muchas personas que han sentido lo que desmañadamente estoy describiendo, que están plenamente convencidos, a pesar de tantas dificultades, y llegan a otros muchos. A mí me gustaría ser de este grupo. Entiendo que, ahora, siendo obispo de la santa Iglesia, muchos me mirarán con todas esas adherencias que colocan a los que —dicen— están arriba, en la cúpula. Yo no me veo en ninguna cúpula. Siento mi responsabilidad, pero lo que más me sigue atrayendo es hablar de Cristo y de su Presencia entre los hombres y mujeres que no le conocen suficientemente bien.